

LA SEMIOSIS Y LA LÓGICA ABDUCTIVA EN SU RELACIÓN CON LA SUBJETIVIDAD PUESTA EN JUEGO POR LA EXPERIENCIA PSICOANALÍTICA.

Oscar Pablo Zelis

www.psicomundo.com/foros/investigacion

INTRODUCCIÓN

El trabajo intenta sacar a la luz algunas pistas sobre la subjetividad humana, a partir del entrecruzamiento interdisciplinario entre el psicoanálisis - como teoría y como práctica-, y la Semiótica peirciana. Para ello, se investigará en primer lugar las concepciones que se pueden inferir de la teoría y de la práctica psicoanalítica, y de los desarrollos de Charles S. Peirce sobre la semiótica, la abducción y los procesos mentales de pensamiento. El modo en que cada una aborda el tema del Lenguaje será vital para nuestra investigación. Posteriormente haremos un contrapunto conceptual, para sacar finalmente algunas conclusiones. Prestaremos especial atención a la operatoria de la praxis analítica, ya que la misma implica y sostiene **una dirección**, un fin a apuntar. Quisiéramos circunscribir hoy esa finalidad, ese “punto de llegada” o de mira que tiene el psicoanálisis para el proceso de un tratamiento, de una cura, a **su concepción de subjetividad**.

1. PSICOANÁLISIS, LINGÜÍSTICA Y SEMIÓTICA

Michel Balat, en un trabajo suyo da cuenta del momento en que Jaques Lacan empieza a interesarse y a utilizar elementos semióticos y lingüísticos para darle un renovado desarrollo al psicoanálisis: *«Partiendo de la definición de signo de Saussure como de una entidad de dos caras, significante y significado, él va de golpe a poner el acento sobre la distinción de esos dos términos, insistiendo sobre la línea que separa significante y significado dentro del algoritmo S/s. (...) Es aquí donde Lacan nos sumerge directamente dentro de la semiótica, o por lo menos dentro de la lingüística, haciendo del estudio del significante y de sus avatares, una de las llaves de la teoría.»*(Balat, M; 1989) Como el mismo Balat lo señala, Lacan tomará elementos de la lingüística, pero luego les dará un desarrollo conceptual particular, distanciándose un poco de las definiciones de aquella, ya que posteriormente *«Lacan reconocerá que esta teoría [la lingüística] no le ha permitido llegar tan lejos como hubiera deseado, reduciendo entonces el conjunto de créditos que le había dado, a lo que él llamará una “lingüistería”.*» Pero pasemos entonces directamente a Lacan, para que nos dé cuenta de su elaboración en relación al significante, y más en general, a la relación del psicoanálisis con el lenguaje.

2. PSICOANÁLISIS, LENGUAJE Y SIGNIFICANTE

*«Un buen día me di cuenta de que era difícil no entrar en la lingüística a partir del momento en que se había descubierto el inconsciente. (...)
Pero si se considera todo lo que, de la definición del lenguaje, se desprende en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud hasta el punto de que allí se asegura todo lo que por boca suya se estableció como inconsciente, habrá*

entonces que forjar alguna otra palabra, para dejar a Jacobson [al lingüista] su dominio reservado. Lo llamaré la lingüistería.»

«Mi decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no pertenece al campo de la lingüística.» (Lacan; 1981: 24). Entonces: ¿Qué concepción particular forja el psicoanálisis con el término *significante*? Sigamos a Lacan en algunos de sus desarrollos sobre el tema. «¿Qué es el *significante*? ...debe estructurarse en términos topológicos. En efecto, el *significante* es primero aquello que produce efectos de significado, y es importante no elidir que entre ambos hay una barrera que franquear.» (Lacan; 1981: 27) Para comprender mejor esto de “**topológico**”, podemos recurrir un poco más atrás en el tiempo, a uno de los «Escritos» de Lacan: «...la emergencia de la disciplina lingüística, diremos que consiste, caso que es el mismo para toda ciencia en el sentido moderno, en el momento constituyente de un algoritmo que la funda. Este algoritmo es el siguiente: S/s (...)*«La temática de esta ciencia, en efecto, está suspendida desde ese momento de la posición primordial del significante, y del significado, como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación.» «...no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación.»* (Lacan; 1985: 477). Más adelante, al marcar y señalar la diferencia entre el *inconsciente freudiano* por un lado, y el resto de los procesos psíquicos no conscientes. Refiere: *«se trata pues de definir la tópica de ese inconsciente. Digo que es la misma que define al algoritmo S/s. Lo que éste nos permitió desarrollar en cuanto a la incidencia del significante sobre el significado permite su transformación en: f(S) 1/s . Fue de la copresencia no sólo de los elementos de la cadena significante horizontal, sino de sus contigüidades verticales, en el significado, de la que mostramos sus efectos, repartidos según dos estructuras fundamentales en la metonimia y en la metáfora.»* Agregamos algunos párrafos más que nos serán de utilidad para comprender cómo entiende entonces el *psicoanálisis* al *significante*, y su relación con el sujeto que aborda a partir de su dispositivo y encuadre particular propio de su praxis: *«¿Porqué acentuamos tanto la función del significante? Porque es el fundamento de la dimensión de lo simbólico, que sólo el discurso analítico nos permite aislar como tal.»*¹(Lacan, 1981: 30)

«Con la segunda propiedad del *significante* de componerse según las leyes de un orden cerrado, se afirma la necesidad del sustrato topológico del que da una aproximación el término de **cadena significante** que yo utilizo ordinariamente: anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos.»

«...es en la cadena del *significante* donde el sentido insiste , pero que ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en el momento mismo. La noción de un deslizamiento incesante del significado bajo el *significante* se impone pues...» (Lacan, 1985:481)

3. SIGNIFICANTE, SUJETO Y SIGNO

«Dije que *el significante* se caracteriza por representar un *sujeto* para otro *significante*. ¿En *el signo*, de qué se trata? (...) El signo no es pues signo de algo; es signo de un efecto que es lo que se supone como tal a partir del funcionamiento del

¹ Lacan planteará el marco teórico del psicoanálisis sobre la base de tres registros distintos, pero imbricados en una relación de terceridad no reductible: *Imaginario, Simbólico y Real*.

significante. *Este efecto es lo que nos enseña Freud, el punto de partida del discurso analítico, o sea el sujeto. No es otra cosa el sujeto –tenga o no consciencia de qué significante es efecto – que lo que se desliza en la cadena significante.* » (Lacan, 1981: 63). (el subrayado es nuestro). Esta última frase, que quizás puede parecer oscura, vamos a ver a continuación que tiene íntimas conexiones con algunas ideas desarrolladas por Charles S. Peirce. En efecto, en «*Algunas consecuencias de las cuatro incapacidades*», señala: «*Entonces, cuando pensamos, nosotros mismos, tales como somos en ese momento, aparecemos como un signo.*» (Peirce, 1987: 69). O sea, como primer resultado de este “contrapunto” que empezamos a desarrollar: Parece que tanto desde el psicoanálisis como desde Peirce, el “sujeto” que plantean, está siendo ubicado a partir de coordenadas semióticas, y en ambas frases citadas arriba, ubican al sujeto como...«un signo»! Pero entonces, ya nos es necesario conocer más profundamente dos cosas: Qué entienden ambos por *pensamiento* y discriminar más finamente qué es un *signo*.

4. PENSAMIENTO

En «*La instancia de la Letra...*», encontramos este párrafo que, pareciera continuar la frase anterior de Peirce: «*No se trata de saber si hablo de mí mismo de manera conforme con lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo que aquel del que hablo. No hay aquí ningún inconveniente en hacer intervenir el término “pensamiento”, pues Freud designa con ese término los elementos que están en juego en el inconsciente: es decir en los mecanismos significantes que acabo de reconocer en él.* » (Lacan, 1985: 497). O en el seminario 20: «*...es verdaderamente curioso que en psicología no se discuta que la estructura del pensamiento descansa sobre el lenguaje. (...) dicho lenguaje está dotado de una inercia considerable...*» (Lacan, 1981: 134) Para el psicoanálisis la estructura del pensamiento descansa sobre el lenguaje y sus leyes, que en último término remiten al significante y su legalidad, y sus mecanismos fundamentales situados por Freud a partir del sueño como *deplazamiento* y *condensación*, y reformulados por Lacan luego en las figuras de la *metonimia* y de la *metáfora*. Veremos que esta concepción es muy parecida a la Semiótica de Peirce, que logra incluir dentro de ella a las *inferencias lógicas*, los argumentos, ya que los toma en su esencia última como signos. Escuchemos ahora a Peirce: Primeramente, nos recuerda una de sus conclusiones: «*No tenemos ninguna facultad de pensar sin signos.*» Luego, desarrolla: «*...no existe una cognición absolutamente primera de cualquier objeto, sino que la cognición surge mediante un proceso continuo. (...) Por consiguiente, es una consecuencia (...) que debemos –en la medida de lo posible y sin otra suposición que aceptar que la mente razona – reducir toda acción mental a la fórmula del razonamiento válido.* (Peirce, 1987: 60-61)

«*todo razonamiento válido es deductivo, inductivo o hipotético [abductivo], o bien combina dos o más de tales características.* » Nos hablará luego del fluir del pensamiento y de la ley de asociación mental: «*Cuando pensamos, ¿a qué pensamiento se dirige ese pensamiento-signo que es nosotros mismos? (...) siempre es interpretado por un subsiguiente pensamiento propio. Si después de cualquier pensamiento la corriente de las ideas fluye libremente, sigue la ley de la asociación mental. En este caso, todo pensamiento anterior sugiere algo al pensamiento que lo sigue, es decir, es el signo de algo para este último. Es verdad que nuestra serie de pensamientos puede ser interrumpida. Pero debemos recordar que, además del elemento principal del pensamiento en todo momento, hay un centenar de cosas en nuestra mente, a las cuales*

se concede tan solo una pequeña fracción de atención o consciencia. En consecuencia, del hecho que un nuevo componente del pensamiento logra la primacía no se sigue que la serie de pensamientos que desplaza queda desintegrada por completo. Por el contrario, de nuestro segundo principio, que afirma que no hay intuición o cognición no determinada por cogniciones anteriores, se sigue que la irrupción de una nueva experiencia no es nunca un asunto instantáneo, sino un evento que requiere tiempo y está destinado a pasar mediante un proceso continuo. (...) Por ende, no tiene excepción la ley de que todo pensamiento-signo se traduce o interpreta en otro subsiguiente, a menos que todo pensamiento llegue a un fin repentino con la muerte.» (Peirce,1987: 69-70). [el destacado en negritas es nuestro].

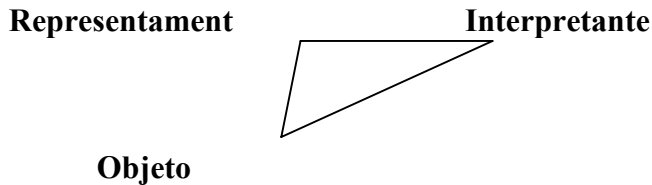
Aquí verificamos que, si del lado de los fundamentos teóricos del psicoanálisis se supone como mecanismo fundamental el *desplazamiento* significativo, por el lado de Peirce, tenemos un mecanismo similar al describir el proceso de cognición de pensamiento como un mecanismo continuo cuyos elementos son los signos, y que todo pensamiento-signo remite, y se conecta otro pensamiento-signo, en un entramado continuo. Al referir que el nuevo pensamiento-signo enlazado al anterior puede traducir o interpretar a éste último, queda abierta la puerta también para el proceso de metáfora, como efecto de sustitución de un significante por otro significante y su efecto de significación (desde Peirce lo podríamos describir como sustitución de un pensamiento-signo por otro pensamiento-signo). Y sobre la relación del pensamiento con su objeto encontramos: *«El pensamiento-signo representa su objeto en el aspecto que es pensado, es decir, este aspecto es el objeto inmediato de la conciencia en el pensamiento o, en otras palabras, es el pensamiento mismo o por lo menos aquello que se considera el pensamiento en el pensamiento subsiguiente para el cual es un signo.» (Peirce, 1987:70).*

Pasaremos entonces a profundizar la concepción de SIGNO para Peirce:

5. DEFINICIÓN DE SIGNO Y DE SEMIOSIS EN PEIRCE

*«Defino al **Signo** como algo que es determinado en su calidad de tal por otra cosa, llamada su **Objeto**, de modo tal que determina un efecto sobre una persona, efecto que llamo su **Interpretante**, vale decir que este último es determinado por el Signo en forma mediata. Mi inserción del giro “sobre una persona” es una forma de dádiva para el Cancerbero, porque he perdido las esperanzas de que se entienda mi concepción más amplia de la cuestión.» (Peirce,1987:139)* Esta última aclaración, es muy valiosa para nosotros, ya que reafirma lo que veníamos ya vislumbrando en los anteriores párrafos, que, para la semiótica de Peirce, no es necesario suponer un Sujeto de la Psicología, consciente, y que el *interpretante* entonces, puede funcionar por fuera de éste, de modo que el acto de *semiosis* puede conceptualizarse también como factible de realizarse en procesos no conscientes, y de modo general, como una propiedad semiótica y no psicológica; sí podríamos entenderla, como una **metapsicología**, partiendo de lo que Lacan más arriba nos decía, acerca de que el substrato de toda psicología es el lenguaje. Pero entonces, ¿cómo define *semiosis* Peirce? *«Por semiosis entiendo una acción, una influencia que sea, o involucre, una operación de tres elementos, como por ejemplo un signo, su objeto y su interpretante, una relación tri-relativa, que en ningún caso se puede resolver en una acción entre dos elementos.» (Peirce1998, Vol. II: 411)*

«Un signo o representamen es algo que representa algo para alguien en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, es decir, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, quizás, aún más desarrollado. A este signo creado, yo lo llamo el Interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su Objeto. Representa a este Objeto no en todos sus aspectos, pero con referencia a una idea que he llamado a veces del Fundamento del representamen [otras veces llamado «ground»] .» (Peirce; 1987:244)(CP; 2.228). Entonces, ya tenemos escritos los tres elementos componentes del signo para Peirce, estructura básica del acto de semiosis, estructura triádica, relación triádica básica, no factible de ser tomada de dos en dos.

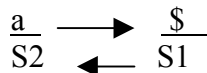


Ya veremos un poco más adelante cómo esta estructura de semiosis básica puede articularse con la práctica psicoanalítica.

6. EL TRIÁNGULO SEMIÓTICO PEIRCIANO Y LA INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA

En las clases 11 y 12 de su seminario nº 19 dictado entre los años 1971-1972, Lacan cita y trabaja explícitamente algunas ideas peirceanas, y sobre todo su triángulo semiótico: «Lo que el otro día fue puesto en el pizarrón bajo el nombre de triángulo “semiótico”, bajo la forma de representamen, de lo interpretante, y aquí del objeto para mostrar que la relación es siempre ternaria, a saber, que es la pareja Representante/Objeto, que es siempre a reinterpretar, es eso de lo que se trata en el análisis.» (LACAN, 1972). Y luego continúa: «¿Qué hace falta sustituir en el esquema de Peirce, para que armonice con mi articulación del discurso analítico²? Es simple como los buenos días: a efectos de lo que se trata en la cura analítica, no hay otro representamen que el objeto a, objeto a del cual el analista se hace el representamen, justamente, el mismo, en el lugar del semblante.»

discurso analítico



Triángulo semiótico

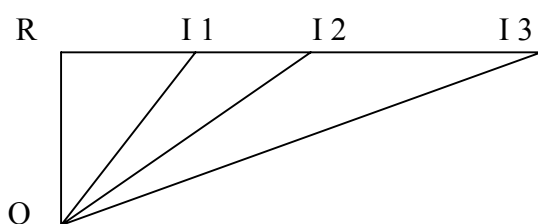


Lacan entonces, utiliza el triángulo semiótico para dar cuenta desde la semiótica de la operación, del acto de *interpretación del psicoanalista* en la sesión. Para ello, las sustituciones a seguir son: el *interpretante* I, es el *analizante*³, ayudado por el analista

² Lacan escribe la estructura del discurso analítico con el siguiente esquema: a/S2 \$/S1; desarrollado en varios lugares, por ejemplo en el seminario 19 y en el seminario 20. Los “lugares” serían: arriba a la izquierda, el agente o el semblante, debajo de éste, el lugar de la verdad; y en la derecha, arriba, el lugar de el otro, o a quien se pone a trabajar, y abajo, el lugar de la producción. La “letras” representan: a= el objeto a; S2, el significante que representa el saber; \$= el sujeto barrado; S1, el significante amo (el que comanda).

³ Al paciente en sesión, se lo denominaba el analizado, pero Lacan corrige esto por “analizante” ya que así resalta la posición activa del sujeto, que realiza el trabajo de hablar y de ir analizándose a sí mismo.

en su operación de hacer surgir un nuevo interpretante del representamen. El *representamen*, es el lugar que ocupa el analista como semblante del *objeto a*. ¿Y el objeto? Lacan dá un rodeo y termina afirmando: «*Este es el objeto que constituye la cuestión para cada uno: ¿dónde soy en el decir?*» Que quizás puede aclararse un poco con lo que enunciara unos párrafos atrás, y a propósito de lo que Peirce sacaba a la luz en una de sus elucubraciones sobre el origen del universo, citada por Recanati en dicha ocasión: «*lo que Peirce se atreve a articular está aquí, en la coyuntura de una antigua cosmología: es la plenitud de lo que se trata en el semblante del cuerpo, es el discurso en su relación, dice, a la nada. Es decir eso alrededor de lo cual gira necesariamente todo discurso.*» Recordemos que el “objeto” esencial de la teoría psicoanalítica, el objeto causa del deseo, el objeto inicial, está perdido, desde el inicio. Solo queda en su lugar un agujero, una falta, y las cadenas significantes relacionadas con él, solo pueden contornearlo, apuntar al vacío dejado por aquel. Allí entonces, la operación necesaria desde el dispositivo analítico es **la interpretación**. Y recordemos la última parte de más arriba: «*es la pareja Representante/Objeto, que es siempre a reinterpretar, es eso de lo que se trata en el análisis.*» Y más adelante agregará: «*Para que la interpretación progrese, sea posible según el esquema de Peirce, ...es necesaria la relación interpretación/Objeto – fíjense ¿de qué se trata? ¿Cuál es este objeto en Peirce?; Por esto la nueva interpretación no tiene fin adónde puede llegar salvo que tenga un límite, precisamente, y es a esto a lo que debe advenir el discurso analítico.*» (Lacan, 1972)



Para esclarece un poco más este proceso, recordemos cómo piensa Peirce mismo el proceso y la cadena de interpretantes a partir de un representamen.

«Un **Signo** o **representamen** es un **Primero** que está en una relación triádica genuina tal con un **Segundo**, llamado su **Objeto**, que es capaz de determinar un **Tercero**, llamado su **Interpretante**, para que asuma la misma relación triádica con su Objeto que aquella en la que se encuentra él mismo respecto del mismo Objeto. La relación triádica es **genuina**, es decir, sus tres miembros están ligados por ella de manera tal que no consiste en ningún complejo de relaciones diádicas. (...) El tercero tiene que estar en una relación tal, y consiguientemente tiene que ser capaz de determinar un Tercero propio. Pero además de ello tiene que tener una segunda relación triádica, en la cual el Representamen o mas bien la relación de éste con su Objeto, será su propio (del Tercero) Objeto, y tiene que ser capaz de determinar un Tercero para esa Relación. Todo esto tiene también que ser verdad respecto de los Terceros del Tercero, y así indefinidamente. » (Peirce, 1987: 261) (C.P: 2.274). O sea, la Relación signo-objeto, será el propio objeto del interpretante (I.1) como signo, el cual generará un interpretante (I.2), que a su vez puede funcionar como signo para un nuevo interpretante (I.3) en la cadena; cuando I.2 funciona como signo o representamen, su objeto sería la relación entre I.1, y la relación R-O; y así sucesivamente.... El filósofo francés Recanati, en su intervención de la clase 11 del seminario recién citado de Lacan, hace notar que : «*El triángulo semiótico reproduce la misma relación ternaria que Ud. [Lacan] citó, a propósito de los escudos de los Borromeo es decir (...) los tres polos*

están ligados por esta relación de tal manera que no admiten relaciones duales múltiples, sólo una triada irreductible.» El nudo borromeo, es utilizado por Lacan para mostrar el modo “triádico” en que se articulan entre sí los tres registros que él nombra como Real, Simbólico e Imaginario en el sujeto, y cuyo efecto es que si se corta uno de los tres redondeles componentes - cualquiera que sea -, los otros dos también se separarán entre sí. Recanati termina diciendo que *«Tal es el modelo del proceso de significación en tanto interminable. De un primer desvío, el dado en el primer trazo en el interior del “ground-representament-objeto”, de un primer desvío nace una serie de otros y el elemento puro del primer desvío era ese “ground” análogo al puro cero. Surge aquí nuevamente, la doble función del vacío.»* (Lacan, 1972). Vamos a intentar ahora conectar todo esto con los problemas que presenta el campo de *experiencia clínica del psicoanálisis* y el aporte que puede hacer este cruce interdisciplinario, sobre todo para el tema del “objeto”, y de la resolución de la *semiosis infinita*, o desde el psicoanálisis, del *análisis interminable*. Y por otro lado, para ir delineando la subjetividad a la que apuesta la intervención analítica.

7. EL OBJETO Y EL SIGNIFICANTE EN LA CLINICA PSICOANALÍTICA

Abordaremos ahora entonces cómo en la práctica clínica aparece el tema del objeto y su íntima imbricación con lo que veníamos desarrollando antes. Para empezar, ¿cómo pensar a ese en apariencia enigmático *objeto a* del psicoanálisis? *«Podemos pensarlo como una «presencia» que surge en los límites del análisis, allí donde el discurso del sujeto comienza a tener un recorrido circular, en esa conocida sensación de «dar vueltas sobre lo mismo», en donde resulta imposible hallar un punto de capitón por la vía de la serie significante. El problema con la significación fálica es que siempre llega a su límite, siempre se muerde la cola cuando se encuentra con la falta; en este caso, la falta de palabras para nombrar algo que se ubica en otro registro, que no se puede nombrar. En términos de Wittgenstein, «...cuando algo no se puede decir, se muestra (...) ¿Cuál es el operador que permite detener esa interminable fuga de sentido? Es el objeto a, que establece sus límites al deslizamiento del sujeto en la cadena significante. Una vez que el sujeto recorrió del derecho y del revés “todo” su universo simbólico, queda sin embargo un resto... Todo está anclado en ese punto (...) Hay algo que insiste, pero que el sujeto sin embargo no llega a decir (...). En consecuencia, y dado que debemos desistir de poder encontrar ese referente último en el campo de los significantes, es allí donde Lacan ubica, como referencia a ese significante primero faltante, al objeto a_ (...) ¿En qué radica la dimensión de la verdad? Lo que interesa, para Lacan, es dónde ella se obtura, ese punto de cierre donde se constituye el fantasma. «Ello» habla, allí donde ello sufre: lo que habla allí es la verdad, pero eso ya no tiene que ver sólo con la estructura del lenguaje. Hay algo en el inconsciente que no es significante. Sin embargo, no puede ceñirse la verdad más que por la vía del significante, pero eso mismo hace que algo quede siempre escapando a la posibilidad de ser dicho en forma acabada. Hay, no obstante, en el recorrido de un análisis, efectos que persisten, efectos de verdad.(...). Para que el recorrido de un análisis sea lógico, debe estar circunscrito por un punto de imposibilidad, que tiene que ver con la verdad pero también, y fundamentalmente, con lo que resiste a ella. »* (Pulice; Zelis; Manson; 2003-2004: clase 4) Es el *objeto*, (en este estatuto tan particular, como falta, como ausente) entonces, el que puede hacer tope, límite al análisis interminable, a la *semiosis infinita*.

8. SOBRE EL SUJETO DEL PSICOANALISIS

En su escrito «*La Instancia de la Letra...*» Lacan se pregunta: «¿Es el lugar que ocupo como **sujeto del significante**, en relación con el que ocupo como **sujeto del significado**, concéntrico o excéntrico? Ésta es la cuestión.» Y un poco más adelante se responderá: «*La verdad descubierta por Freud es « la excentricidad radical de sí a sí mismo con la que se enfrenta el hombre».*(Lacan, 1985: 504) «*No soy, allí donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar. Este misterio con dos caras se une al hecho de que la verdad no se evoca sino en esa dimensión de coartada por la que todo “realismo” en la **creación** toma su virtud de la metonimia, así como a ese otro de que el sentido sólo entrega su acceso al doble codo de la metáfora, cuando se tiene su clave única: la S y la s del algoritmo saussureano no están en el mismo plano, y el hombre se engañaba creyéndose colocado en su eje común que no está en ninguna parte.*» (Lacan, 1985: 498)

9. SOBRE EL SUJETO EN PEIRCE

Encontramos en el texto «*Algunas consecuencias...*» el siguiente párrafo: «*En ningún instante existe en mi estado mental una cognición o representación, pero existe en **la relación** de mis estados mentales en instantes diferentes. Nota 11: de conformidad con esto, del mismo modo que decimos que un cuerpo está en movimiento y no que el movimiento está en el cuerpo, deberíamos decir que estamos en el pensamiento y no que los pensamientos están en nosotros.*» (Peirce, 1987: 73). Más adelante agrega: «*Es que la palabra o el signo que usa el hombre es el hombre mismo. Pues, del mismo modo que todo pensamiento es un signo, tomado en forma conjunta con el hecho que la vida es una serie de pensamientos, prueba que el hombre es un signo, así el hecho que todo pensamiento es un signo exterior prueba que ese hombre es un signo exterior. En otras palabras, el hombre y el signo exterior son idénticos, en el mismo sentido en que las palabras homo y hombre pueden ser idénticas. Por consiguiente, mi lenguaje es la suma total de mí mismo, pues el hombre es el pensamiento.*» (Peirce, 1987: 86). Ahora, si bien en los párrafos precedentes vemos una gran afinidad en la concepción peirciana del sujeto con la que utiliza el psicoanálisis en su praxis, debemos remarcar que no son idénticas. Señalaremos a continuación algunos elementos que distinguen la concepción de sujeto en juego en la obra de Peirce: uno de los principales, es que en muchos momentos apunta a un sujeto “general”. «*El hombre individual, al manifestarse su existencia separada sólo por ignorancia y error, en la medida que no es nada al margen de su prójimo y de lo que él y ellos deben ser, es tan sólo negación, Este es el hombre, “...el hombre orgulloso, /Por demás ignorante de lo que más está seguro, /su esencia cristalina.”*» (Peirce, 1987: 86) En «*Cómo esclarecer nuestras ideas*», Peirce, hablando del trabajo de investigación de los científicos, refiere: «*Mentes diferentes pueden partir con los más antagónicos puntos de vista, pero el progreso de la investigación, por una fuerza exterior a las mismas, las lleva a la misma y única conclusión. Esta actividad del pensamiento que nos lleva, no donde deseamos, sino a un fin preordenado, es como la operación del destino. Ninguna modificación del punto de vista adoptado, ninguna selección de otros hechos de estudio, ni tampoco ninguna propensión natural de la mente, pueden posibilitar que un hombre escape a la opinión predeterminada. Esta enorme esperanza se encarna en el concepto de verdad y realidad. La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Esta es la manera cómo explicaría yo la realidad.*» (Peirce, 1988: 220-221). Entonces, aquí Peirce presenta el tema de **la verdad** como un acercamiento

progresivo de las opiniones de los hombres, que se irían perfeccionando hasta que todos llegarían finalmente a coincidir, y ahí encontraríamos “La Verdad”. Solidaria con ella, lo real o **la realidad** parecen aquí ser equivalentes, (cosa que no sucede en el psicoanálisis, que diferencia significativamente sus conceptos de *real* y de *realidad*) sería el Objeto representado por esa Verdad. El marco teórico psicoanalítico no coincide con esta concepción, ya que - como veíamos por ejemplo en el punto 7 -, se empeña en que se distinga el campo de la verdad - que estaría dentro del lenguaje, que se jugaría íntegramente en el discurso, y sólo se podría decir a medias, (nunca “La” Verdad, ni siquiera en un límite al infinito) -, y el del objeto. De todos modos recordemos, estos conceptos de verdad y de realidad que utiliza el psicoanálisis, no pretenden ser una cosmovisión. Solo tratan de definir y circunscribir los elementos con que se encuentra y trabaja con cada sujeto dentro del dispositivo clínico, y en efecto, ahí, la “verdad” con la que se trabaja, es del orden de lo que Peirce llama «*opinión*» de cada uno. De esto se desprende que mientras que Peirce va en busca de un *pensamiento general*, el psicoanálisis se detiene en lo que, cada uno, piensa individualmente. Otro punto de discordancia son las distintas concepciones que porta el término *deseo*. En “*Acerca de la Ciencia y las clases naturales*” allí, Peirce define algunas características del deseo: el deseo es *general* («*un deseo siempre es general, esto es, siempre es cierto tipo de cosa o evento lo que se desea...*») y es siempre *más o menos variable o vago* (Peirce, 1998, vol II: 118) En contraposición, el psicoanálisis especifica su concepto de deseo como deseo inconsciente, y esencialmente singular. Entonces, en estos ejemplos, vemos a Peirce apuntar a una verdad general, a un pensamiento general, al modo del científico.

10. SOBRE SINGULARIDAD, ABDUCCIÓN Y SUBJETIVIDAD

En cambio, Freud, está planteando otra orientación en la “observación” e intervención clínica del psicoanalista, que implica apostar a poner en juego un sujeto particular. Por ejemplo en uno de sus escritos, “aconsejaba”: «*Mientras el tratamiento de un caso no esté cerrado, no es bueno elaborarlo científicamente: componer su edificio, pretender colegir su marcha, establecer de tiempo en tiempo supuestos sobre su estado presente, como lo exigiría el interés científico. El éxito corre peligro en los casos que uno de antemano destina a empleo científico y trata según las necesidades de este; por el contrario, se asegura mejor cuando uno procede como al azar, se deja sorprender por sus virajes, abordándolos cada vez con ingenuidad y sin premisas*» (Freud; 1982). O sea, la escucha analítica y la orientación de su intervención deben evitar suponer un sujeto ya definido por el analista, y estar abierto a escuchar indicios no codificados de antemano. Nos remitimos aquí a un fragmento de nuestro libro en el que desarrollamos el tema: «*Otro elemento a considerar es cómo se sanciona que un observable o un dato, es un «indicio»: ¿porqué, de toda la masa de información y de todo el campo de observación de que disponemos sólo reparamos en algunos datos que, además, sancionamos como indicadores, indicios, o síntomas de algo que subyace o que aún está oculto para nosotros? ¿Con qué criterio decidimos que algo es relevante, y desecharnos todos los demás datos como irrelevantes? Creemos que aquí se marca una divisoria de aguas entre las distintas disciplinas: muchas ya tienen codificado qué es lo que deben buscar, y adónde. Entonces, **la mirada** del «practicante» se moldea para observar sólo aquello que le es indicado por el saber de su práctica, y eso mismo será lo único que adquirirá valor «indicial». Esto podemos ilustrarlo en el campo de la Salud Mental con el célebre manual de clasificación de enfermedades DSM-IV (o su versión de la OMS, el CIE-10), que «...intenta ser un manual de uso universal» sin medir que esta forma de pensar las enfermedades mentales tiene como consecuencia, en*

la clínica, la imposibilidad de considerar la singularidad de un paciente y «la problemática particular de sus síntomas, en pos de la observación, la descripción y una clasificación tendiente a la generalización». El psicoanálisis, aquí, va a tomar una dirección radicalmente distinta, que va a sostenerse claramente desde el inicio en la obra de Freud...» (Pulice; Manson; Zelis, 2000: 137) Evidentemente, en esta operación particular, el analista no puede guiarse por **deducciones** a partir de saberes previos, ni por **inducción**, que lo llevaría a ubicar al sujeto en un “tipo” particular, sino que la operación lógica, la inferencia lógica a realizar debe ser una **abducción**. Pero esto además por la misma definición de sujeto que hemos hecho a partir de las coordenadas semióticas ya establecidas, y que nos entregaban como resultado un sujeto abierto, nunca agotado, nunca reducido a un solo signo, a un saber ya cerrado, sino que justamente, su existencia depende de esta apertura estructural, a la que apunta a hacer emerger en su acto, el psicoanálisis. La misma apertura que implica la abducción en el proceso de descubrimiento y de creación subjetiva. ¿En qué consiste la interpretación y la construcción analítica? Freud refería lo siguiente sobre ambas operaciones del psicoanalista: «... “Interpretación” se refiere a lo que uno emprende con un elemento singular del material [que nos proporciona el paciente con su decir] : una ocurrencia, una operación fallida. Es una “construcción”, en cambio, que al analizado se le presente una pieza de su prehistoria olvidada...» (Freud; 1982). O sea, en la interpretación, el analista, “escucha”, todo lo manifestado por el paciente (o más exactamente el analizante), atento a detectar aquello que, al decir de Freud, nos sorprenda . Y, como lo trabajara J. Nubiola , «*lo que nos sorprende es mas bien la regularidad inesperada o bien la rotura de una regularidad esperada*» (Nubiola, 2001: 5-6) y desde ahí se decide el valor significante, en su sentido psicoanalítico, es decir, de representar al *sujeto* para otro significante. El paso siguiente será comunicárselo al paciente, y, al hacerlo consciente, éste deberá integrarlo a sus cadenas asociativas (cadenas de pensamiento o cadenas significantes) conscientes. Esto implicará un trabajo de reacomodación subjetiva por parte del analizante, ya que ante «...una verdad nueva, no es posible contentarse con darle su lugar, pues de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella. Ella exige que uno se tome la molestia. No se podría lograr simplemente habituándose a ella. Se habitúa uno a lo real. A la verdad, se la reprime.» (Lacan; 1985: 501). Esto también se juega en la **construcción**, solo que en este caso, el analista debe ir armando, construyendo, a partir de los datos, de los indicios que va detectando en lo que dice el analizante, un fragmento de narración, una escena, un recuerdo o un pensamiento, faltante en el discurso de éste, pero que aquel va detectando cada vez como más necesario lógicamente. Desde la semiótica podríamos decir que, el analista a partir de los indicios que va acumulando, va armando un “ground” común a aquellos, y a partir del mismo, abducirá el *representamen* que haría falta que esté en la cadena semiótica, para ser capaz de generar como *interpretantes*, a los indicios que ha ido encontrando. Ahora, si hemos visto que una de las diferencias que podemos encontrar en Peirce con respecto al sujeto del psicoanálisis, sería que él no apunta al sujeto singular, sino que parece apuntar a un sujeto general, por otro lado, con el sujeto del *acto abductivo*, y en otros pasajes de su obra, se acerca al sujeto indeterminado, que realiza su acto como apuesta, como creación, de una manera singular. Por ejemplo, En «*La ley de la Mente*», en el apartado sobre la Incertidumbre de la acción mental, refiere: «...*Pero ninguna acción mental por su carácter parece ser necesaria o invariable. De cualquier manera en que la mente haya reaccionado bajo una sensación dada, lo más probable es que vuelva a reaccionar de esta manera; si ello fuese, sin embargo, una necesidad absoluta, los hábitos se harían rígidos e inerradicables, y, al no dejar lugar para la formación de nuevos hábitos, la vida intelectual llegaría a un rápido fin. De ahí*

que la incertidumbre de la ley mental no es ningún mero defecto suyo, sino que, por el contrario, pertenece a su esencia. (...) Queda siempre una cierta cantidad de espontaneidad arbitraria en su acción, sin la cual estaría muerta.» (Peirce, 1988: 273). Y en «*Algunas consecuencias de las cuatro incapacidades*» encontramos un breve párrafo con un paréntesis que nos parece muy profundo e interesante: «*Pero de nuestra propia existencia (probada por la aparición de la ignorancia y el error)...*» (Peirce, 1987: 69). O sea, está situando la existencia subjetiva, a partir de la ignorancia y del error, dos elementos íntimamente ligados a la subjetividad conceptualizada en psicoanálisis. Estos dos términos vuelven a aparecer en dicho artículo, en la frase final que ya citáramos en el punto 9: «*El hombre individual, al manifestarse su existencia separada sólo por ignorancia y error, en la medida que no es nada al margen de su prójimo y de lo que él y ellos deben ser, es tan solo una negación. Este es el hombre...*» Vemos aquí articuladas la *ignorancia* y el *error*, causando la **ex-sistencia** del hombre en la forma de separación, de negación del deber-ser, que sería el pensamiento compartido (la verdad general) a alcanzar en el futuro por la comunidad. Pero esto sitúa muy precisamente a la emergencia subjetiva que busca el psicoanálisis, cuando, a partir de su acto, busca un sujeto que pueda des-alienarse del Otro, y de esa manera, ganar su ex -sistencia singular, desde su deseo singular. Esto es algo que los analistas “observamos” en nuestra experiencia clínica y que se manifiesta en la aparición de síntomas, de perturbaciones, y otros diferentes padecimientos psíquicos y hasta somáticos, cuando algo de la singularidad subjetiva de una persona es amenazada, avasallada o suprimida. En efecto, el psicoanálisis descubre un *sujeto* que, - además de necesitar incluirse, identificarse, adaptarse y normativizarse en una Cultura, dentro de un lenguaje compartido, como ser social que es -, necesita y también esencialmente, mantener un margen de **singularidad**, de espontaneidad creativa y afirmativa, a partir de sus propias marcas subjetivas y de su estilo singular. Este es un sesgo de lo real del sujeto que el psicoanálisis descubre. Y, otra vez, Peirce parece darnos indicaciones en esta dirección y acercarnos a una posible explicación, cuando nos dice que «*Lo que no es general es singular; y lo singular es aquello que reacciona.*» (Peirce; 1988: 123) Lo *singular* entonces, parece ser una faceta de *lo real* del sujeto, que pugna por manifestarse y ex-sistir, y, desde lo real, «reacciona», produce efectos.

BIBLIOGRAFÍA

Balat, M, «*De Peirce et Freud à Lacan*»; *S-Revue européenne de sémiotique*, 1989. Dicho artículo forma parte de su Tesis: *La triade en psychanalyse: Peirce, Freud et Lacan*, de Michel Balat. Thèse de Doctorat d'Etat es-Lettres. Publiée sous le titre *Des Fondements sémiotiques de la psychanalyse*, L'Harmattan, 2000.

Freud, S: *Consejos al médico*

— *Construcciones en análisis*

— *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires; 1982.

Lacan, J.: Seminario 19: “, *Ou pire*”; dictado entre 1971 y 1972. Inédito.

— *Seminario 20: Aun*; Paidós; Barcelona-Buenos Aires; 1981.

—*La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud, Escritos I*; Siglo XXI editores; Argentina; 1985.

Nubiola, J: “La abducción o lógica de la sorpresa”, *Razón y Palabra* (revista electrónica); Febrero-Abril 2001; n°21.

Peirce, C.S: *Algunas consecuencias de las cuatro incapacidades*

—*Cartas a Victoria Lady Welby, (Carta de dic. 23 de 1908).*

—*El Icono, Índice y Símbolo*

—*Obra Lógico-Semiótica*, Taurus, Madrid; 1987.

—*Pragmatism* (1907)

—*On Science and Natural Classes* (1902)

—*The Essential Peirce* vol. II; The Peirce Edition Project; U.S.A.;1998.

—*Cómo esclarecer nuestras ideas»*

—*La ley de la mente*

—*Algunas categorías de la razón sintética*

—*El hombre, un signo*, Crítica; Barcelona; 1988.

Pulice, G; Manson, F.; Zelis, O., *Clase 4»* del Seminario Investigación, Psicoanálisis publicado en el sitio web Psicomundo; www.edupsi.org/investigacion . 2003-2004.

—Capítulo IV, *El pensamiento mágico, el paradigma indiciario y las ciencias conjeturales. Investigación Psicoanálisis: De Sherlock Holmes, Peirce y Dupin, a la Experiencia Freudiana*, Letra Viva; Buenos Aires; 2000.